La ocultación de la propia personalidad en las escritoras del siglo XIX

María del Carmen Simon Palmer
CSIC, Madrid

Hace tres años, en el Congreso de Providence, expusimos las razones que hacen necesaria la continuación del "Diccionario de escritoras españolas" de Manuel Serrano y Sanz, a partir del año 1834, en que termina. Desde entonces hemos iniciado esa tarea y el cálculo que allí pareció a algunos exagerado de que podían llegar al millar las escritoras que hubo entre esa fecha y el fin del siglo, se ha visto ya ampliamente superado al tener ya en estos momentos reunidos mil quinientos nombres diferentes.

La tarea de catalogación de sus escritos plantea infinidad de cuestiones y de problemas, como vamos a tratar de probar ocupándonos tan sólo de algo tan simple en apariencia como son los datos del encabezamiento, es decir el nombre de las autoras.

Bien nos limitemos al escasísimo número de las que anteriormente publicaron libros a su nombre, bien tengamos en cuenta a todas aquellas que figuran en el repertorio citado, cuya evidente inflación criticaba duramente Ricardo Palma en carta a Menéndez Pelayo,[1] su situación ante la sociedad circundante tiene muy poco de común con la de sus seguidoras del periodo que nos ocupa. Cambios de estructuras y de mentalidades, educación diferente, desaparición de viejos prejuicios y nacimiento de otros, vida profesional propia, serán factores determinantes de ese cambio.

Cuando un nuevo clima de libertad permite a tan gran número de mujeres dedicarse a unas tareas acometidas antes por muy pocas, vamos a encontrarnos con la paradoja de que muchas de ellas van a ocultarse en el anónimo o a ampararse con seudónimos y otros recursos de disimulo más o menos completo. Las causas, la variedad y el desarrollo de este fenómeno es lo que, en sus líneas generales, nos proponemos analizar.

Apenas si tienen aquí vigencia algunos de los motivos tradicionales más conocidos, como la posición social (Felipe IV), religiosa (Tirso de Molina) o los científicos declarados por los propios interesados en nuestro tiempo, como las consideraciones filosóficas de Antonio Machado o las psiquiátricas de Fernando Pessoa. De estos dos últimos casos sí conviene tener presente el hecho de los fenómenos de desdoblamiento de personalidad a que tienden los usuarios de múltiples seudónimos.

Ante todo, debe recordarse lo que estas mujeres opinaban de su propio trabajo y hasta qué punto la decisión de que hacían gala al participar en empresas consideradas hasta poco antes como exclusivamente masculinas no se veía coartada por múltiples ligaduras intelectuales y morales, que les llevaba a una continua justificación exculpatoria de su conducta. Así Faustina Sáez de Melgar cuando afirmaba que no era la literatura lo que hacía a una mujer descuidar sus obligaciones.,[1] Eva Canel que ante

un numeroso auditorio americano afirmaba que siempre había seguido a su esposo como cualquier mujer española hubiera hecho cumpliendo los deberes del matrimonio.[2]

Existen unas profundas diferencias determinadas por la procedencia social y por la educación recibida, si bien es cierto que encontramos escritoras desde la aristocracia a las clases peor dotadas, con un claro predominio de las de clase media. No faltaron mujeres carentes de estudios pero que con su talento natural y grandes sacrificios fueron capaces de publicar. Este puede ser el caso de Amalia Domingo Soler, espiritista de fama internacional, cuyos trabajos aún hoy se citan en los principales tratados sobre la materia:

> "Desde los diez años he publicado sin dejar de coser, pero mis ojos delicados y faltos de vista por tener una gran debilidad en la retina me han dejado años enteros en la más angustiosa impotencia."[3]

1. El "de" tranquilizador.

Por principio una mujer "literata" inspiraba serios recelos y la manera de disiparlos desde la primera línea consistía en mencionar tras el apellido propio el del marido, unidos por un "de", que venía a ser la garantía de una correcta situación familiar, aval de la sana doctrina moral que de una señora casada o viuda podía esperarse.

Sabemos que en localidades pequeñas algunos hombres públicos se enorgullecían de tener esposas capaces de componer poemas, cuentos u obritas de teatro infantil e incluso de celebrar en sus casas tertulias literarias.

2. Las ocultaciones parciales. Supresión del primer apellido.

Es frecuente el reducir el primer apellido a la inicial y más aún el suprimirlo. Así hace por ejemplo Sofía Casanova, a la que se conocerá de esta forma cuando en realidad su primer apellido era Pérez.

Otras veces se eliminará el apellido materno para unir los paternos, sin duda para disfrutar así de las ventajas.

3. Criptogramas y anagramas.

Los criptogramas son muy empleados y curiosamente no siempre corresponden a las iniciales del auténtico nombre. Mientras María Josefa Medinabeitia, hija de un fiscal del Crimen era M. J. de M., Emilia Martín, casada con Nicolás Díaz y Pérez, autor del "Diccionario [...] de autores extremeños" era E. M. y M. H. en otras ocasiones.

Tampoco se correspondían A. G. A. C. con Margarita López de Morla, educada en Inglaterra, con una famosa tertulia literaria durante el sitio de Cádiz a la que acudían Quintana, Juan Nicasio Gallego, Argüelles, etc. y que acabó loca y recluida en un manicomio de la provincia de Toledo.

4. Títulos nobiliarios reales y supuestos.

Las damas escritoras de la aristocracia española hicieron uso de su título y más veces del de su marido al escribir. Por lo general sus trabajos serán consecuencia de la

labor caritativa propia de su clase social. Carmen Chacón Carrillo de Albornoz publicará sus discursos como presidenta de la Junta de Señoras del Colegio de la Paz, como fundadora de la Real Asociación de Beneficencia Domiciliario de Madrid o de la Sociedad de socorro a las religiosas de la capital.

La Vizcondesa Viuda de Barrantes, que tomó el título de su marido, Juan Alvarez de Lorenzana, embajador de España en Roma, decidió a la muerte de éste y con el objeto de costear su mausoleo escribir un libro sobre el difunto que tituló "Lorenzana y su obra".

Dedicada a la literatura estuvo Josefa Ugarte, nacida en Málaga y casada con Fernando de la Cerda, conde de Parcent. Esta señora, a la que el conde de Cheste prologó un libro y obsequió con un concierto, llegó a leer sus poemas en el Ateneo de Madrid.

Viajera e investigadora incansable fue Emilia Serrano, hija de un notario, educada en París, que casó con el barón de Wilson y fue amiga de Dumas, Lamartine, Martínez de la Rosa o la Avellaneda. Tras enviudar recorrió América, con el fín de escribir una Historia General de aquel continente.

Activa defensora de Isabel II durante su exilio y partidaria de la vuelta y proclamación de Alfonso XII fue Amalia de Llano, condesa de Vilches, que llevó durante aquellos años la flor de lis de los Borbones.

Tampoco podemos dejar de mencionar a la duquesa de Alba, María Rosario Falcó, aunque nació en Pau y murió en París y de la que Menéndez Pelayo escribió una necrológica en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* en 1904. Nombró bibliotecario de su casa a Paz y Meliá, consultó con Zarco del Valle que lo era de Palacio y estudió paleografía con el fín de publicar, como lo hizo, los documentos de la Casa de Alba.

Ahora bien, también sabemos de algún caso en que el pertenecer a esta clase social fue para la interesada algo más digno de ocultar que de exhibir. Así le pareció a uno de los personajes más interesantes de nuestras letras del pasado siglo, Rosario de Acuña, Condesa de Acuña, autoproclamada librepensadora y que jamás hizo uso del tal título. Figura polémica, alabada por Alarcón, Narciso Serra o Galdós pero atacada sin piedad por la sociedad del momento que no le perdonó nunca sus ideas antirelligiosas. Tan sólo en una obra, y no polémica, disfrazó su autoría con la firma "Remigio Andrés Delafón", pero la valentía al exponer sus ideas, sin duda ayudada por su buena posición económica, le costó la expulsión de España al ocasionar un artículo suyo, como protesta, el cierre de todas las Universidades del país el año 1912.

Caso opuesto es el de aquellas que hubieran dado cualquier cosa por pertenecer a la aristocracia, en vista de lo cual decidieron adoptar un título como seudónimo. Así Joaquina García Balmaseda, actriz en su juventud en la compañía de Joaquín Arjona, unas veces era ella y otras la "Baronesa de Olivares" o "Aurora Pérez Mirón".

5. Seudónimos: nombres y apellidos.

Casi el mismo número que de títulos nobiliarios hallamos de nombres y apellidos que no se corresponden con los auténticos: "Isabel Luna" (Matilde Cherner), "Isidora

Sevillano" (Leonor Canalejas), "Eulalia de Lians" (Fanny Garrido), "Valentina Lago" (Hipólita Muiño) son algunas muestras.

Es difícil averiguar a qué criterio obedecieron para adoptar una falsa identidad. Hay casos en que el apellido, Calderón o Cervantes, explican una aspiración o un homenaje de las que lo adoptaron.

"Esmeralda Cervantes" fue Clotilde Cerdá, famosa violinista que recorrió varias veces el mundo. Era hija de Ildefonso Cerdá, el autor del "Ensanche" barcelonés, y en su caso fue la reina Isabel II la que le aconsejó que en honor al escritor y su personaje se firmara de esa forma.

Leonor Canalejas, maestra, adopta el seudónimo de "Isidora Sevillano" en los trabajos que escribe con el fin de allegar fondos para sostener un albergue de niños pobres que funda por su cuenta. Hasta 1930 oculta su parentesco con Francisco de Paula Canalejas, catedrático, José Canalejas, político y con su hermano poeta que murió joven, Federico Canalejas.

Si observamos los apellidos ficticios descubrimos que son más numerosos los que de algún modo aluden a la naturaleza: Lago, León, Luna, etc.

6. Nombres propios femeninos.

Esta forma va a elegirse principalmente para firmar en las secciones de modas de los periódicos y en las revistas femeninas. Algunos son bastante vulgares como "Emilia", "Ana María", pero es evidente que la influencia del movimiento romántico marcó a muchas autoras, que escogieron nombres más exóticos como "Ossiana" (Catalina Macpherson), "Felicia", "Adlara" (Pilar León) o "Corina" (María Tadea Verdejo). Ahora bien, también debió influir el contacto con otros países, porque es indudable que Macpherson tenía ascendencia extranjera aunque ella fuera andaluza, María del Pilar León y Llorena estuvo casada con el Intendente General de Hacienda en Filipinas y allí residió muchos años, aunque luego regresara a la Península y llegara a ser la suegra de Torcuato Luca de Tena, propietario de *ABC* y *Blanco y Negro*. Virginia Felisa Auber, nacida en La Coruña, marchó con su padre a la Habana cuando éste fue nombrado allí catedrático; "Corina" fue siempre en los libros Francisca Javiera de Larrea, casada con J. Nicolás Böhl de Faber y madre de "Fernán Caballero" pero en Cádiz se la conocía como Frasquita.

De origen árabe son los nombres de "Zulema" (Pilar Díaz Bello) y "Zahara" (Joaquina García Balmaseda) y, sin duda, por sus declaradas simpatías projudías, Carmen de Burgos adoptó el de "Raquel".

7. Nombres propios masculinos.

La belleza de las identidades elegidas es lo primero que llama la atención cuando repasamos los nombres: Gabriel de los Arcos, Evelio del Monte, Gonzalo Bustamante o Jorge Lacoste sugieren al lector de la obra acciones llenas de aventuras y episodios románticos.

Sólo desentona en la lista un "Antonio María", muy apreciado sin embargo por los contemporáneos ya que pertenecía a una "discreta e ilustrada dama", esposa de un

conocido escritor, A. Frontaura. Elisa Fernández de Montoya firmó siempre así, incluso cuando colaboró en la revista dirigida por su esposo *Los Niños*.

La helenista más famosa de España, elogiada incluso por Menéndez Pelayo, Josefa Pujol, se llamó muchos años "Evelio del Monte" cuando se ocupaba de la Revista de Modas en la *Ilustración de la mujer* de Barcelona. En 1880 da a conocer su verdadera identidad al publicar *El Parthenón*, en la que colaboran Castelar, Alarcón, Núñez de Arce o Pérez Galdós entre otros.

Sin duda para que sus teorías fueran tomadas más en serio, Rosa Martínez Lacosta decidió llamarse "Krause" al tratar temas filosóficos. También motivado por el contenido, en este caso escabroso, fue el seudónimo "Rafael Luna", elegido por una autora que se suicidó joven, Matilde Cherner. En "María Magdalena", historia de una prostituta, su creadora afirmaba convencida que de haber nacido en Francia el libro habría dado rápidamente la vuelta al mundo.

Quizá la autora más famosa con nombre masculino fue Catalina Albert, "Victor Catalá", que nunca quiso hacer vida literaria y se retiró al paradisíaco lugar de L'Escala en la Costa Brava.

No queremos dejar de mencionar el caso de Eva Canel, a la que ha llegado a negársele la identidad en Catálogos como el de Criado de *Escritoras españolas del siglo XIX*, donde se afirma categóricamente que era su marido, el periodista Perillán Buxó, el que firmaba con el nombre de su esposa. Tan peregrina teoría cayó por su peso, al continuar, ya viuda, publicando y dando conferencias durante muchos años.

8. Lemas.

Los religiosos serán los preferidos y responden directamente al contenido del texto. "Una amiga de la humanidad" era Teresa Martínez, y "Una Hija de María", Victorina Sáenz de Tejada. Esta autora, con una vida llena de desgracias, acabó profesando como religiosa, tras lo cual se firmó "Una religiosa del convento del Espíritu Santo". Por su parte María Ruíz Tordesillas, también cultivadora de temas religiosos, era "Una asociada al Rosario Perpetuo".

La anfitriona de una de las principales tertulias literarias gallegas de la Corte, Emilia Calé, se firmaba "Esperanza". Casada con el funcionario y periodista Lorenzo López Quintero, en su casa recibían a Vesteiro Torres, los Muruais, Curros Enríquez, Taboada, etc.

La esposa del Gobernador de Filipinas, Josefa Estévez, fue "Ventura" los años que residió en aquellas islas. Al quedar viuda profesó como religiosa en el convento de Salesianas de Vitoria, y siguió escribiendo como "Sor María de Loyola".

9. Plantas.

Como era de esperar las flores elegidas por nuestras escritoras para que las representaran se encuentran siempre entre las más humildes.

Tenemos una "Flora del Valle", Concepción Galarraga, un "Narciso del Prado", Paulina Ibarra, casada con el abogado, escritor y músico Ricardo Benavent Feliu. Sarah Escarpizo Lorenzana en sus primeros años antes de dedicarse a la enseñanza, fue "Margarita del Campo", y más tarde decidió unir los dos apellidos paternos.

El caso más extraño es el de Consuelo Alvarez, "Violeta", porque el contenido de sus trabajos no se corresponde con lo que pudiera esperarse del seudónimo elegido. Barcelonesa, participó en meetings políticos de signo republicano y en el Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Colaboradora de *La Escuela Moderna* y redactora de *El País*, sustuvo una viva polémica con Rosario de Acuña por la insistencia de ésta en no afiliarse a ninguna escuela ni partido político.

10. Topónimos.

Conocemos el motivo de la elección por Cecilia Böhl de Faber del topónimo "Fernan Caballero". Su tercer marido Antonio Arrom de Ayala se empeñó en publicar *La Gaviota* en París, pero luego le convencieron de que debía hacerse en Madrid. Cecilia se negó pero él se había comprometido ya con el ministro don Pedro de Egaña, director de *El Heraldo*. La convenció de que lo único que podría hacerse, si tal repugnancia tenía a ver con su verdadero nombre en letras de molde, era designar un seudónimo, lo cual había de hacer prontamente, pues no quedaba tiempo.

> "En este apuro, cogí unos periódicos que había sobre la mesa para buscar un nombre cualquiera que pudiese evitar al mío propio el salir a la vergüenza pública, y encontré la relación de un asesinato cometido en un pueblecillo de la Mancha llamado Fernán Caballero [...] Gustóme este nombre, por su sabor antiguo y caballeresco, y sin titubear un momento lo envié a Madrid, trocando para el público mis modestas faldas de Cecilia por los castizos calzones de Fernán Caballero."[4]

Alava, Jérez y El Espinar también fueron cuna de autoras agradecidas a su lugar de origen.

11. Animales.

No fue muy popular su uso como seudónimo. Sólo hemos hallado una "Gallina ciega", Enriqueta González Rubín, y la famosa "Colombine", Carmen de Burgos que lo empleó por sugerencia del periodista Augusto Figueroa.

12. Condiciones físicas

Aunque falleciera en 1807 y queda por tanto casi fuera de nuestro límite cronológico, incluimos aquí a Josefa Francisca de Jovellanos, que durante la reclusión de su hermano en el Castillo de Bellver firmó las cartas que le enviaba como "La esbelta".

La popular "Ciega de Manzanares", Francisca Díaz Carraledo, unió a su deficiencia física el nombre de su pueblo.

Tras este rápido enunciado de los diversos modos que para ocultar su auténtica identidad emplearon nuestras antepasadas pueden sacarse varias conclusiones a pesar de los pocos datos biográficos que nos han dejado. Que uno de los motivos prin-

cipales de esta falsa identidad es su relación familiar con hombres de letras, unas veces por temor a perjudicarles en su prestigio, otras por defender su originalidad y en algún caso para que no se hicieran comparaciones malévolas. Frontaura, "Federico Morales", Nicolás Díaz y Pérez. J. N. Böhl de Faber, Martínez Sierra, Echegaray, Luís Ruíz Contreras son sólo algunos nombres.

Es curioso que otro grupo de autoras disfrazadas sea el que forman las casadas con militares de alta graduación, a los que no podían exponer a la burla de los compañeros. Leonor Canalejas es representativa, por otra parte, de aquellas relacionadas con la clase política, pero que al no llegar a la realeza, que tuvo destacadas autoras, no podía arriesgar su buen nombre.

Existió también el auténtico deseo de anonimato, María del Pilar Díaz Bello, "Zulema", no quiso que Carolina de Soto la incluyera entre sus "Poetas andaluces contemporáneos". Tampoco MacPherson, si hemos de creer a sus editores, apareció nunca por las redacciones, adonde mandaba el original con un criado y caso similiar fue el de "Victor Catalá".

Algunas autoras trabajaron en proporciones tan enormes que no tuvieron más remedio que acudir a varios seudónimos al tiempo para poder publicar en varios lugares y para que el público no se cansara de ver el mismo nombre. Así lo reconoce Carmen de Burgos, que al dejar a su marido y llegar a Madrid desde Almería con su hija, tuvo que trabajar y escribir obras poco explicables en una autora de ideas y vida avanzada para su tiempo. Ramón Gómez de la Serna en un entrañable retrato que nos dejó de su amiga explica cómo hasta alcanzar cierto renombre "llegó a escribir fajas en casa de una modista que tenía un periódico de modas. Para dar variedad a su nombre usaba seudónimos románticos e ingenuos como "Raquel", "Honorina", "Marianela". Apenada, nerviosa, fatigada escribía para vivir hasta que por fin fue la primera redactora del periódico".

Creemos que la diversidad de falsas identidades adoptadas no es más que un reflejo de la diversidad existente también entre nuestras autoras, de forma que resultan absurdos los esquemas tradicionales que tratan de englobar la literatura femenina en un mismo bloque, como si el hecho de ser mujer llevara consigo una uniformidad ideológica.

NOTAS

1 Carta de 25 de mayo de 1903, relativa al tomo I, publicada en el *Boletín de la Sociedad Menéndez Pelayo,* 15 (1933): 384-385, Santander.

2 M. Carmen Simón Palmer: "Escritoras españolas del siglo XIX o el miedo a la marginación". En *Anales de Literatura Española*, II (1982), Alicante.

3 Amalia Domingo Soler: Sus más hermosos escritos (s.a.). Barcelona: Ed. Mancci.

4 En P. Luis Coloma: "Recuerdos de Fernán Caballero", en sus *Obras Completas*, 1960: 1435, Madrid: Ed. Razón y Fé. Y respecto al seudónimo masculino empleado, véase E. H. Hespelt, "A Second Pseudonym of Cecilia Böhl de Arrom". En *Modern Language Notes*, 41 (1926): 123-125. El de "León de Lara".